

## CONTRA LOS DENIGRADORES DE LÁZARO DE TORMES

A Carlos Blanco Aguinaga

### JUSTIFICACIÓN

El presente artículo no es estrictamente inédito, como lo manda la ley, y debo explicar la “anomalía”. En el otoño de 1999 fui invitado a colaborar en un homenaje a Carlos Blanco Aguinaga. El plazo de entrega era muy corto, y había un severo límite de extensión, pero escribí el artículo, lo podé cuidadosamente para dejarlo del tamaño debido (por eso no hubo en él notas de pie de página) y lo mandé a tiempo. A comienzos de 2002, o sea más de dos años después, aún no se había publicado el homenaje, lo cual fue un gran contratiempo, pues la reseña que estaba haciendo sobre el libro de Alberto Martino (*Il “Lazarillo de Tormes” e la sua ricezione in Europa*) se me habría facilitado mucho si mi artículo hubiera estado impreso. Así, pues, cuando a mediados de este año los colegas de la Comisión Editorial de la *NRFH* me pidieron algo para el presente número (con el cual se ajustan los 50 primeros volúmenes de nuestra revista), decidí que mi colaboración fuera el mencionado artículo. He sabido, entre tanto, que el homenaje ya se imprimió —aunque hasta ahora (septiembre) no lo he visto aún<sup>1</sup>. Para excusar un poco más la “anomalía”, diré que el presente artículo no es

<sup>1</sup> ¿Hará falta aclarar que nada de lo que digo aquí (ni el plazo perentorio, ni el procrústico límite de espacio, ni la tardanza) va contra los organizadores del homenaje? Bastante sé lo que es organizar homenajes, y más de una vez sufrí la queja de colaboradores de la *NRFH* por mis dilaciones. Son “accidentes de trabajo” (y, como le oí decir una vez a Eugenio Ímaz, quienes los sufren tienen derecho a indemnización).

exactamente el mismo que entregué hace tres años: he indultado los pasajes que tuve que castigar, entre ellos los iniciales (los “autobiográficos”), que en la versión de 1999 habían quedado comprimidos en un solo párrafo, y he añadido datos que me vinieron posteriormente.

El *Lazarillo* me ha fascinado desde siempre. Lo leí por primera vez a los nueve o diez años, en uno de los tomitos que publicaba la casa Araluce, de Barcelona, para deleite de niños y adolescentes. Eran libros pequeños, empastados, bien presentados, adornados con algunas ilustraciones a color. Todos eran maravillosos, desde la *Ilíada* y la *Odisea* hasta el *Canto de Navidad* de Dickens y unos *Cuentos populares españoles...* ¡Y qué grabado se me quedó el *Lazarillo*! ¡Cómo me divertió, y cómo me conmovió! ¡Qué personaje encantador ese Lázaro de Tormes! Muchas veces he vuelto a leer el libro (ya en ediciones completas y anotadas), y cuanto mejor conozco a su héroe, tanto más lo admiro y lo quiero. No tardé en saber que el *Lazarillo* corría con etiqueta de “novela picaresca”, al lado de *Rinconete y Cortadillo* y del *Buscón*, las únicas obras “picarescas” que durante mucho tiempo conocí, y vi, naturalmente, qué clase de analogías había entre las tres. Del *Guzmán de Alfarache* no tenía sino la idea que me dejaron una conferencia de Amado Alonso en El Colegio de México, creo que a fines de 1947, y un *paper* que le oí leer a Carlos Blanco a fines de 1952, germen del luminoso artículo publicado en la *NRFH* en 1957 (“Cervantes y la picaresca”). En ese mismo año apareció en la *NRFH* el artículo de Albert Sicroff “Sobre el estilo del *Lazarillo de Tormes*”, que toca cuestiones como la unidad del libro y su anonimia, y que no alteró en nada la “serena” idea que yo tenía del libro.

Esta “serenidad” sufrió sacudidas en dos ocasiones. La primera fue en 1961, a causa del artículo de Bruce W. Wardropper, en la *NRFH*, sobre “El trastorno de la moral en el *Lazarillo*”, que decía cosas interesantes, pero que en resumidas cuentas era una denigración de mi querido Lázaro. Después me enteré de que ya había habido otros “denigradores”, pero en 1961 no lo sabía, de manera que ese artículo de Wardropper fue una gran sorpresa, tanto más cuanto que yo mismo lo traduje al español, y, como a un traductor se le aguzan las entendederas, fui seguramente uno de sus lectores más atentos. La segunda sacudida ocurrió a fines de 1968. En un curso para *undergraduates* que di en la Universidad de Princeton, leímos entre otras

cosas el *Lazarillo* y el *Abencerraje* en la excelente edición de Claudio Guillén (1966), y me encontré con que él también juzgaba inmoral la conducta de Lázaro<sup>2</sup>. Poco después, quizá a mediados de 1969, leí en el núm. 1 de la revista *Ábaco* el minucioso artículo de Fernando Lázaro Carreter, “Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*” (incluido después en su libro “*Lazarillo de Tormes*” en la *picaresca*); este artículo va muchísimo más lejos en cuanto a “denigración”, pero ya no me impactó mucho, pues llovía sobre mojado.

Fue entonces cuando decidí entrar en liza. E inmediatamente vi que tenía que echarme a leer la ya muy respetable masa de artículos y libros que había sobre la novela, cosa para la cual no tenía tiempo. El remedio que se me ocurrió fue proponerle a algún buen conocedor de la bibliografía lazarlillesca que escribiéramos al alimón una “Defensa de Lázaro”. A lo largo de los años vinieron a mis manos tres trabajos serios, obra de sendos hispanistas, conocidos míos, que enseñan en universidades norteamericanas, y les hice sucesivamente mi propuesta. Los tres se excusaron por diversas razones (la de uno de ellos no podía ser más fuerte: mi “tesis” le pareció disparatada). De todos modos, seguí tomando apuntes —agua para mi molino— cada vez que pude. Y en 1979 tuve ocasión de expresar mi idea en la lujosa primera edición (o más bien pre-edición) de *Los 1 001 años de la lengua española*. En la p. 244, comentando el cuadro de Murillo (Alte Pinakothek, Munich) en que dos muchachitos harapientos —“pintados por Murillo con la misma ternura con que pintó sus seres celestiales”— están gozando un melón y un racimo de uvas, evoco el *Lazarillo* y, con el pensamiento puesto en los denigradores, digo que en este libro cuenta Lázaro “cómo, pese a la hostilidad del mundo —y también, más tarde, pese a la pedrada de «deshonra» que le echan quienes se creen mejores que él—, llega en la edad adulta a un «puerto»: tiene casa y comida, puede *vivir*”. Y añadido: “Su autor, un monje muy sabio, nos lo hace totalmente simpático, desde la primera línea hasta la última”.

<sup>2</sup>No les pedí a los estudiantes que leyeran la *Introduction* de Guillén, para no distraerlos, aunque es probable que algunos la hayan leído por su cuenta. El caso es que, una vez terminada la lectura del *Lazarillo*, tuvimos una *discussion* sobre su significado, y todos, sin excepción, dijeron que habían simpatizado con Lázaro desde el principio hasta el fin. (Reconozco que un profesor, por el solo hecho de serlo, influye *malgré lui* en el pensamiento de los alumnos.)

Ahora bien, cuando me llegó la invitación para el homenaje a Carlos Blanco, acababa de leer despacio, y lápiz en mano, el “Apéndice bibliográfico” de Bienvenido C. Morros al *Lazarillo* de Francisco Rico (de 1987, pero que conocí muy tardíamente). Este “Apéndice” me hizo exhalar un suspiro de alivio: vi que los muchos trabajos desconocidos para mí, y reseñados por Morros, no añadían gran cosa a lo que yo ya tenía leído<sup>3</sup>, de manera que inmediatamente puse manos a la obra. (Ahora, después de leer el repaso crítico de Alberto Martino, mucho más extenso que el de Morros, veo que tampoco él me revela novedades de importancia.)

El pionero de la visión “negativa” fue TARR: para demostrar (contra BONILLA) que el *Lazarillo* no es “a disjointed series of episodes”, sino que exhibe “a definite plan, an unmistakable continuity” (p. 405), aduce, entre otras razones, que hay paralelismo entre el amancebamiento del comienzo (el de la madre de Lázaro) y el del final (el de su mujer). Treinta años después, GUILLÉN [a] subrayó la importancia de esa conexión, dando así por hecho la deshonor marital de Lázaro. Y a partir de él la idea se repite casi *ad nauseam*: Lázaro termina “professing cynical complacency in the relationship of his wife with the archpriest” (WILLIS, p. 277); es “a hypocrite grovelling in his inverted *cumbré*” (HUTMAN, p. 473); profesa una moral al revés (WARDROPPER); “Lázaro does more than avert his eyes from his wife’s infidelity: by profiting from it and, at least inferentially, encouraging it, he becomes much more than a mere consenting cuckold. To exploit another person sexually for the sake of material affluence is the definition of a pimp” (MANCING, p. 430).

Quien más ha influido en los críticos —como hace notar WOODS, p. 580— es Wardropper. Después de él, son legión los que ven en Lázaro un ser abyecto: es un pillo redomado (WOODWARD); “static ignominy, unconditional surrender..., irretrievable death of the spirit revealed and accomplished in the very act of narration” (GILMAN, p. 166; cf. también PITT-RIVERS); “Lázaro sold his own honor to the archpriest, his wife’s established lover” (GUILLÉN [b], p. 11); acepta con mansedumbre los dos amancebamientos

<sup>3</sup>Naturalmente, no todo lo que leí hacía a mi propósito; muchas lecturas no dejaron huella en mis apuntes, pero no pocas de ellas me parecieron justas y loables (por ejemplo, los varios estudios que se han hecho sobre “lo folklórico” en el *Lazarillo*). También varios de los críticos a quienes critico (por ejemplo el mencionado Lázaro Carreter) me han dado noticias interesantes; pero yo sólo destaco lo que viene a mi apologético propósito.

porque los dos le son provechosos (AYALA, p. 229); “La navegación de Lázaro no acaba en el buen puerto prometido, sino en un abismo de deshonor” (CARRETER, p. 173)<sup>4</sup>; “Lázaro and the archpriest are in tacit agreement, a conspiracy of hypocrisy, to deny the true nature of Lázaro’s marriage” (DEYERMOND, p. 90); hay en el *Lazarillo* un “calculado crescendo de ironía y cinismo, capaz de remarcar («cumbre de toda buena fortuna», esto es, cumbre o sima de desvergüenza) en el triángulo del pregonero, el arcipreste y su criada” (LIDA, p. 292); “carácter abyecto” (BRANCAFORTE, p. 551); “It is impossible to ignore his complicity in the case”: el muy hipócrita “will impose an autobiographical frame as a distraction from the case” (FRIEDMAN, p. 19).

En el coro sobresalen dos solistas: Fernando Lázaro Carreter y George A. Shipley. El primero se ensaña no sólo con el personaje central, sino también con sus padres. Antona Pérez es un asco: está “doblemente deshonorada, por cohabitar, con toda probabilidad, antes de transcurrido un año de su viudez, y por amancebarse, con un negro además” (¡siquiera lo hubiera hecho con un blanco, y después de no sé qué obligatorio año de castidad!), fuera de que “con su comportamiento incalificable contribuyó a la muerte de su propio marido” (p. 16) —horror no descubierto por ningún otro crítico, que yo sepa. He aquí el balance de la vida de Lázaro: en cuanto a vileza, no está tan mal como su padre (si bien “ocup[a] otro lugar en el cortejo penitenciario”), pero, “*moralmente*, está al mismo nivel (más bajo aún) que Antona Pérez” (p. 92; la cursiva es mía). Por lo demás, esa Antona Pérez es el primer eslabón “en la cadena [*sic*] de mujeres perversas, deshonestas e infieles que componen la galería [*sic*] del libro” (p. 16). En cuanto al padre, marcha a los Gelves, sí, pero no como militar, sino, “de acuerdo con su innoble naturaleza”, como vil acemilero (p. 105).

El otro solista, SHIPLEY, arma todo un alegato jurídico (“the case against Lázaro”) y añade dos *exhibits*: Lázaro “shows no sympathy for his teacher”, el ciego (p. 113); es un desagradecido (Shipley no ha entendido las clarísimas palabras de Lázaro: “después de Dios, éste me dio la vida y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de *vivir*”); Lázaro, además, se desentiende de problemas muy graves: “[he doesn’t] give evidence of any impulse to clear the temple of priests of the kind en-

<sup>4</sup> Abrevio “CARRETER” para evitar molestas interferencias entre “Lázaro (de Tormes)” y “Lázaro Carreter”.

countered in Maqueda and in Toledo” (¡debió continuar la campaña reformista del cardenal Cisneros!); en fin, la de Lázaro es “a history of rejection, isolation..., perversion and emasculation, of alienated being sustained precariously by willing submission to the needs and demands of others”.

A los críticos posteriores, que suelen tomar el deshonor como hecho totalmente comprobado, no les queda sino añadir algún grano de arena o decir lo mismo, si no con más argumentos, al menos con mayor énfasis: al llegar a la cumbre, Lázaro es “un bellaco sin vergüenza y dignidad, un cínico solapado y astuto..., la encarnación misma de la más estólida necedad y de la vanagloria satisfecha” (VILANOVA, p. 148); la cita de Cicerón, “la honra cría las artes”, es un “acto de cinismo por parte de quien no ha llegado más allá de las dudosas artes pregoniles y claudicaciones matrimoniales” (MÁRQUEZ [c], p. 226, nota); Lázaro es “un ser innoble que, en el colmo de la estulticia y la desvergüenza, exhibe su vida, su caso, para admiración de sus conciudadanos” (YNDURÁIN, p. 477); con “sus infamantes bodas, su insensibilidad moral y máxima degradación social”, es el “antihéroe” por excelencia (ASENSIO, p. 121); “hombre de clase baja ridículamente preocupado por su honor, es consciente de que su madre, acostándose con un esclavo negro, había caído en lo más bajo; no puede ser una coincidencia que el autor, para demostrar [*sic*] lo innoble de los orígenes del protagonista, pensase en poner a un negro como padre postizo” —aunque debe reconocérsele que, “consciente de su responsabilidad de hombre blanco” (*the white man’s burden!*), “[reacciona] ante Zaide, el hijo de éste y los negros en general [!], con distanciamiento y desprecio”, como Dios manda (MOLINERO, p. 27).

Por si tanto deshonor no bastara, los críticos se han ingeniado en hallar más y más tachas. Me detendré en dos: que Lázaro era de raza judía y que incurrió en el “pecado nefando”. El descubridor de la primera parece haber sido GÓMEZ-MORIANA [b]. No creo que haya convencido a muchos (y el hallar argumentos para apuntalar semejante tesis debe de ser tarea muy ardua). Pero FERRER [b] la acoge, y después la remacha (FERRER [c], p. 429): Lázaro es decididamente “un converso a quien aún roe y desasosiega la pérdida de su filiación judía”<sup>5</sup>. CASTRO [a], p. 569,

<sup>5</sup>Yo encuentro mucho más lógica la hipótesis de que por las venas de Lázaro corría sangre morisca. Se sabe, en efecto, que los molineros solían ser moriscos. Pero, por no sé qué razón, esta idea no parece gozar de estima.

nota, había atribuido estirpe judía al *autor* del libro, cosa muy distinta. Pero una vez encontrada la veta judaica, forzosamente vino su explotación: McGRADY, pp. 563-565 —calurosamente aplaudido por FERRER [d]—, atribuye el judaísmo al escudero, y RODRÍGUEZ/ROMERO se lo cuelgan al clérigo de Maqueda. La otra tacha fue insinuada por Marcel Bataillon, que en un curso del Collège de France, 1954, comentó la última línea del tratado IV (el del fraile de la Merced), “Por eso y por otras cosillas que no digo, salí dél”, en estos términos: “La preterición final deja sospechar lo peor acerca de las relaciones del fraile con el muchacho” (*apud* MARTINO, p. 414, nota 161). Esas palabritas, *lo peor*, cayeron en terreno propicio. GÓMEZ-MORIANA [b] está convencido de que Lázaro fue sodomizado por el fraile<sup>6</sup>; MICHALSKI siente que también fue sodomizado por el arcipreste de San Salvador, y FERRER [b], p. 256, lo acepta: el arcipreste, “además de ponerle los cuernos a Lázaro, lo sodomiza”. Total: al pobre Lázaro le caen como otras tantas pedradas los tres clásicos insultos del siglo de oro: *cornudo*, *puto* y *judío*<sup>7</sup>.

<sup>6</sup>Lo que Bataillon quiso sugerir fue, evidentemente, que el fraile le hizo “proposiciones deshonestas” a Lázaro (una más de las “cosillas” del mercedario), y que Lázaro, *excédé*, decidió mandarlo al diablo. Pero no sólo es gratuito, sino absurdo, imaginar una relación nefanda. Yo propongo otra explicación: Lázaro se negó a servir de correveidile y concertador de citas con mujeres. Esta explicación encaja perfectamente con la clarísima caracterización del fraile: lo primero que de él se nos dice es que las “mujercillas” de por allí lo llamaban “pariente” (“término usado para encubrir relaciones vergonzosas”, impropias de un fraile, como dice RICO [c], p. 111, nota 5). Además, “otras cosillas que no digo” es una elipsis normal, equivalente a ‘¿Para qué seguir? Dejémoslo de ese tamaño’ (cf. RICO [c], p. 112, nota 9): los lectores sabían perfectamente de qué jaez eran esos “frailes sueltos”, enemigos de la vida conventual, amigos de mujeres y de “negocios seculares”, que gastaban el tiempo en “visitas”. Lázaro fue su mandadero y acompañante, pero por muy poco tiempo: agobiado por tamaño ajetreo —como el que sufre Cupido en la letrilla de Góngora “Mandadero era el arquero, / sí que era mandadero”—, renunció al empleo. COLAHAN/RODRÍGUEZ [b] hacen a este propósito una chistosa defensa de Lázaro. La crítica, según ellos, ha hecho “legítimos hallazgos” en cuanto a su ruindad, pero la acusación de sodomía no se justifica. Si Lázaro deja de servir al fraile es por otra razón: “La dimensión caracterizante que revela [el cuarto tratado] es su pereza, su profunda desgana frente al exceso de trabajo, del tipo que fuera”. Lázaro era un holgazán, *c’est tout*.

<sup>7</sup>RODRÍGUEZ/BILLAT, p. 14, añaden al retrato una última pinceladita de ignominia: Lázaro “actuaría de alcahuete” del pintor de panderos, ese “empedernido mujeriego”, ese “rufián o chulo”, y hasta imaginan un aprendizaje prolongado (“una larga permanencia”) al lado de ese amo. ¡Prodigiosa



Lázaro, según varios críticos, estaba condenado, no ya por el ciego Destino, sino por la clarividente Divina Providencia, a ser un pícaro. El autor del *Lazarillo*, según ellos, estaba animado por una filosofía férreamente determinista, o sea por la misma visión “ortodoxa” de Calderón en *El gran teatro del mundo*. Así CASTRO [b], p. 93: en la novela picaresca “el personaje central aparece situado mediante un hereditario determinismo, prensado dentro de una clase moral de la cual no podrá zafarse”: Lázaro, Guzmán y Pablos “estaban previamente juzgados al exhibir su ascendencia”. Así WARDROPPER, pp. 441-442: “El mendigo, el labrador, el rey... no tienen ni el derecho ni la posibilidad de cambiar de estado”; tal es la ley de Dios y, naturalmente, quien la viola cae en el pecado; Lázaro no sólo se rebela contra la ley divina, sino que “llama virtud a un pecado”. Así también MÁRQUEZ [b] (resumido por MORROS, p. 159): “Lázaro ha conculcado la teoría medieval que adscribe a cada individuo a un lugar en la jerarquía social, y de acuerdo con la cual pretender alterarla implica una rebelión contra la providencia divina”<sup>8</sup>. CARRETER dice que no sólo cada individuo, sino también cada estrato social, está “determinado” y “previamente juzgado”, pues los seres abyectos reciben su “educación” de otros seres abyectos. “En el origen [de Lázaro] hay una inclinación al robo que el padre le ha transmitido con su ejemplo, y hasta quién sabe si con la sangre” (p. 104); poco después (p. 113), ya sin *quién sabe*: Lázaro “recibió la bellaquería anejada con la sangre; su vida está gobernada no sólo por la sangre, sino por la educación”; “guiado por un ciego”, ha dado en “el extravío” y ha salido “graduado en malicias”; está, pues, “atrapado por su destino hereditario dentro de la órbita fijada por su linaje y educación” (*¡Lasciate ogni speranza, oh miserables de todo el*

---

creación *ex nihilo* de un “personaje” a quien el autor del *Lazarillo* no dedica ni dos renglones!

<sup>8</sup>Esta idea ha sido desarrollada y estirada con asombroso tesón por MARTINO, pp. 433-440. Dice en la p. 438 que, “secondo la teologia morale cristiana..., il desiderio di ascesa sociale è un peccato, anzi il peccato per antonomasia”. La doctrina de los teólogos estará todo lo bien que se quiera, pero el hecho es que siempre ha habido el deseo de “subir”, de mejorar, de cambiar de estado. Como dice Pero Mexía, citado por el propio MARTINO, p. 439: “En qualquiera parte que nazca el hombre, tiene *licencia* para procurar de ser muy grande y muy conocido”. (Cf. ALATORRE, pp. 259-261.) Ciertamente no pecó san Francisco de Asís cuando decidió abandonar su *status* de mercader rico y volverse un *poverello* mendicante.



mundo!). Lázaro debió estarse quieto allí donde nació, en “the very basement of society, where prostitutes, thieves, moriscos, and other rabble live and multiply like rats”! (SHIPLEY, p. 108). Por consiguiente, pecó al adquirir ropa “decente”, aunque vieja, despojándose de sus harapos, uniforme reglamentario de la gente vil; lo dice VILANOVA, pp. 168-169: al vestirse “muy honradamente”, Lázaro “no sólo pretende negar la sangre heredada, sino usurpar con falsedades y engaños el rango y la consideración social de un noble nacimiento”, —“burdo y ridículo intento” de ocultar su ser genuino.

Es natural que a Lázaro se le contraponga el escudero del tercer tratado, que, él sí, se mantiene firme e inmóvil como piedra en su predestinado *status*, donde Dios lo puso. Ese “buen hidalgo” es, para Azorín (en *Los pueblos*, 1905), la encarnación misma de “la grandeza española”. RÍQUER, p. 109, está de acuerdo: el autor, que exhibe las lacras de todos sus personajes, “sólo siente simpatía por el escudero”, porque el escudero no es un pelafustán, sino un “gran señor” que “se hace cargo de lo que es honra”. ALONSO, p. 31, cambia finamente de perspectiva: Lázaro, por delicadeza, finge no darse cuenta “de que su amo sufre como él” (“es la primera, y casi la última vez, que un pícaro siente piedad”). CARRETER se detiene largamente (pp. 133-153) en el asunto. “Es el escudero el que suscita en el mozo y en el lector —aunque no sin reservas— mayor simpatía” (p. 101). La salvedad “no sin reservas” se refiere al lector, no al mozo, pues Carreter no puede menos de observar que el tercer tratado “expone la esencial falsedad del sentimiento del honor”, dándonos en el escudero un buen ejemplo de “perversidad moral” (p. 190): bastante razón hay, pues, para que el lector meta, en su presunta “simpatía” por el escudero, esa no pequeña “reserva”; pero en la “simpatía” del mozo no hay reserva alguna, sino entrega total: el autor del *Lazarillo* puso en el escudero “rasgos capaces de deslumbrar a un niño harapiento y descalzo, escarmentado por la más negra experiencia” (p. 147); Lázaro queda cautivado en cuanto se topa con él: “este primer contacto con la dignidad humana ha desarmado al niño” (p. 148), y de esa manera Lázaro, un ser ruin, queda obligado a compartir la heroica hambre de ese hidalgo tan sin sombra de ruindad. El escudero, en efecto, es “un indigente total: quien carece de todo, ni aún la ruindad puede permitirse” (p. 143). Los dos puntos de vista, el teológico y el social, eran de hecho uno solo. “In sudore vultus tui vesceris pane”, le dijo Dios a nuestro padre

Adán, sí; pero, en la práctica, un hidalgo que comiera pan ganado con el sudor de su frente estaba cometiendo un *pecado*; o, lo que es lo mismo, caía en la *deshonra*<sup>9</sup>. Claro que inmediatamente Lázaro buscará por su cuenta algo que llevarse a la boca; pero, aún así, “sentirá siempre una invencible simpatía por su tercer amo” (p. 190).

Vuelvo al “deshonor” último. En el prólogo le dice Lázaro a un señor X (“vuestra merced”) que escribe para que él, y eventualmente otros lectores de la carta —nada de *lege solus*—, “vean que *vive* un hombre con tantas fortunas [‘tormentas’], peligros y adversidades”, e inmediatamente añade que, como el señor X desea “se le escriba y relate el caso muy por extenso”, comenzará desde el principio. Bien sabe X que Lázaro se ufana de su lucha por la *vida* y que, contento con lo muy modesto que tiene, no desea sino *vivir* en paz, sin pleitos, sin ambición. Este *caso* le ha llamado la atención, como es natural. Por eso quiere un relato pormenorizado. Pero los críticos, sobre todo a partir de GUILLÉN [a], se acuerdan del *caso* que se menciona al final, allí donde Lázaro cuenta cómo tras una conversación con su mujer y el arcipreste “quedamos todos tres bien conformes” y “hasta el día de hoy nadie nos oyó sobre el caso”; y, sin parar mientes en lo muy genérico y muy incoloro del sustantivo *caso* (cf. “este *asunto*”, “esta *cosa*”), proyectan intrépidamente el segundo *caso* (que se refiere a los chismes) sobre el del prólogo (que se refiere a la satisfacción “existencial” de Lázaro, ganada a pulso); dicen que lo que X le ha pedido a Lázaro es que explique —¡y “muy por extenso”!— las circunstancias de su matrimonio. Según Rico (citado por MORROS, p. 155), de esa conexión depende nada menos que la estructura del libro. La idea ha tenido muchísima fortuna. Según CARRETER, p. 42, la novelita “no es sino la respuesta [de Lázaro a X, el cual] le ha preguntado por el *caso*, esto es, por la situación de claro deshonor en que se encuentra”; ese señor X, “socarrón impenitente”, le gasta a Lázaro

<sup>9</sup> CARRETER, p. 149, cita un precioso texto de fray Domingo de Soto sobre una categoría especial de pobres: aquellos que, siendo hidalgos (“de buena sangre”) y por ello “no aprendieron oficio ni tienen arte de vivir”, no pueden, en consecuencia, “abatirse a oficios viles y trabajosos”; esos tales no sólo “pueden pedir limosna”, sino que “se les *debe* hacer en *mayor* cantidad que a otros pobres de menor condición”. (¡Qué cristiana teología!) Y el tono didáctico de Soto indica que tal era la doctrina “aceptada”, la recta. Pero, como bien observa CARRETER, el escudero habría rechazado, con gran indignación, ese “derecho a pedir limosna”.

“la más sangrienta broma: la de hacerle contar, por irrisión, su vida” (p. 46). Lo repite SIEBER, *passim* (en la p. 55 dice que la obra se reduce a una “very private sexual biography”). BELL, p. 87, siente simplemente que Lázaro, con su respuesta, quiere captarse la conmiseración de X (y del lector: “to disarm the reader”). VRANICH ve connotaciones siniestras en la sola palabra *caso*, que ya en el prólogo significaría ‘desgracia’ y ‘ruina’. GÓMEZ-MORIANA [a], pp. 130-131, llega más lejos: seguro como está de que Lázaro es cristiano nuevo, parangona su respuesta con las que los sospechosos de criptojudaismo tenían que dar a las “moniciones” de un Santo Oficio siempre vigilante (el señor X resulta Inquisidor). MARINO, pp. 305-306, menciona a otros críticos que piensan lo mismo. Cf. también RABELL y GITLITZ.

No sé cuánta seriedad concederán los miembros de la tribu filológica a esta clase de productos. De mí sé decir que a veces logran asombrarme y divertirme las ideas peregrinas que a ciertos críticos se les ocurren. He aquí algunas. FERRER [c] se detiene prolijamente en la expresión “A mí llaman Lázaro” (esto es, sin “el obligado pronombre indirecto [*sic*] personal”), y concluye que Lázaro, al escamotear el *me*, está ocultando su judaísmo. (Cuando Amadís dice “A mí llaman el Doncel del Mar” lo habrá hecho, según eso, para ocultar la verdad; pero ¿qué clase de ocultamiento podría haber en “A mí llaman Abindarráez el mozo” y en “A mí llaman Rodrigo de Narváez”? ¿Querría ocultar el primero su condición de moro, y el segundo su condición de cristiano? ¿No sería más cuerdo concluir que *a mí llaman* era giro corriente?)

FERRER [c] es, además, afecto a la simbología: el agua del Tormes, donde tuvo lugar el nacimiento de Lázaro, es —dice (pp. 370-371)— símbolo del bautismo a que debían someterse los judíos. RABELL, que también cree judío a Lázaro, descubre (p. 27) otro simbolismo sacramental: “El pecado de Lázaro consiste en sustituir la comunión con el cuerpo y la «sangre» de Cristo por la comunión con el cuerpo social a través de la aceptación de la eficacia de la [sangre] del padre y el cuerpo adúltero de la madre en su proceso de medro en la tierra” (¡qué cosa!). FERRER [a] dice que el agujero que hace Lázaro en el “costado” del arcaz “oscila entre la insinuación erótica —como todo el desarrollo del motivo de los ratones— y la evocación de la pasión de Cristo” (¡claro, la herida del “costado”!). RABELL descubre connotaciones sexuales en *guisar* y *comer*. FERRER [b] las descubre también en *pan*, *carne*, *leña*, *trigo*, *calzas* y

el *par de bodigos*. Ya SIEBER, en su análisis lacaniano, había visto alusiones sexuales en las *herraduras* que se roba Zaide, en los primeros *zapatos* de Lázaro y en las *calzas* viejas que le da el arcipreste. MOLHO y SHIPLEY ven connotaciones eróticas en “pintar panderos” y en “moler los colores”. El arcaz, según PIPER, tiene valor simbólico-litúrgico: expulsado del “paraíso panal”, Lázaro sufre el castigo de nuestros primeros padres: la caída de la gracia. Al ponerse sus primeros zapatos, explica PERRY, p. 145, Lázaro imita a Adán y Eva cubriendo su desnudez; sale del paraíso (la inocencia) y abre los ojos a la hipocresía humana; la expulsión definitiva del edén es la lóbrega casa del escudero. También HOLZINGER es aficionado a las claves bíblicas. MALDONADO DE GUEVARA interpreta el *Lazarillo* como burla del *puer aeternus*, “que lleva en sí el mito de la hembra eterna”. BRANCAFORTE le diagnostica a Lázaro un simple complejo de Edipo.

Por supuesto, todas estas ideas peregrinas son inocuas. También lo son los análisis “post-estructuralistas” y “narratológicos” que descubren, por ejemplo, microsecuencias y macrosecuencias (RUFFINATTO, DEHENIN, REY *et al.*). Tampoco quita ni añade a la esencia del *Lazarillo* el que sea o no parodia de las *Confesiones* de san Agustín (JAUSS) o el que entre sus antecedentes estén o no las *Cartas de relación* de Hernán Cortés (ASENSIO, p. 123), etc. Cf. MARTINO, pp. 243-313, *passim*.

En su edición del *Lazarillo* (Cátedra, Madrid, 1987, p. 45) dice Francisco Rico que el librito es “respuesta a la pregunta de un corresponsal anónimo acerca de cierto episodio no bien determinado” (el *caso*)<sup>10</sup>, y “en la última página se descubre que el episodio en cuestión son los rumores...”, etc. (“[hablar] sobre el *caso*”); entonces “se advierte, retrospectivamente, que las estampas de su vida que Lázaro ha ido presentando están en buena parte orientadas a explicar [su] comportamiento”. Y añade en nota: “Ésa es la interpretación generalmente aceptada a partir de F. Rico [1966]” (=RICO [a] en mis abreviaturas), o sea que la *vulgata* quedó establecida por él. Los interpretadores, según eso, por no sé qué razones le han concedido a él más

<sup>10</sup> Obsérvese, de paso, cómo al identificar el *caso* con *cierto episodio*, da Rico una clara señal de su *parti-pris*. Cabría hacerle la misma invitación que le hizo SOBEJANO, p. 30, a GUILLÉN [a]: leer bien las últimas líneas del libro, donde perfectamente se ve que lo que tanto le interesaba saber al señor X era “el proceso de cómo Lazarillo, con fuerza y maña, venció la fortuna contraria hasta salir a buen puerto”. La autobiografía de Lázaro consiste en una larga secuencia de *episodios*.

atención que a GUILLÉN [a], el cual, en 1957, había dicho esencialmente lo mismo: identidad de *caso* y *caso*, unidad del libro<sup>11</sup>.

Yo creo que el “sello Rico” en cuanto a interpretación del *Lazarillo* procede más bien de su libro de 1970, *La novela picaresca y el punto de vista*, donde dice que el *Lazarillo* admite varias lecturas: 1, que Lázaro ha progresado; 2, que sigue siendo el mismo bellaco que al comienzo; y 3, que sólo un pícaro puede llamar “buen puerto” su *status* de cornudo. El autor —dice Rico—, dando señales de “amplio escepticismo sobre las posibilidades humanas de conocer la realidad, deja que cada lector decida. Las cosas —se me ocurre comentar— son siempre del color del cristal con que se miran.

Sin embargo, en el amplio muestrario de “cristales” que he recogido, los colores aparentemente distintos no son sino variantes más o menos intensas de un color básico: el que hace ver a Lázaro como rufián e hipócrita. No he citado a los poquísimos críticos (WRIGHT, por ejemplo) que hacen la lectura número 1, los que sienten que Lázaro *ha progresado*, que tiene razón al declarar que ha llegado a puerto. Todos los demás, in-

<sup>11</sup> A propósito de *unidad*, Francisco Rico ha hecho una laudabilísima labor al desarrollar y fundamentar algo que ya había dicho TARR: que la división en un *prólogo* y siete *tratados* es postiza, ajena al autor (RICO [d], *passim*). Desde la primera palabra hasta la última, el *Lazarillo* es una sola carta, un relato corrido. Demasiada tinta se ha desperdiciado en comentar la “anormalidad” de los tratados IV y VI, calificados de “esbozos” o “embriones”, así como del tratado V, donde Lázaro no actúa, sino que se queda entre bambalinas. Ya BONILLA, en el prólogo de su edición de 1915, paró mientes en ello (“A partir del tratado cuarto, la narración se precipita y el interés decae notoriamente”). De ello se han ocupado también, entre otros, GUILLÉN [a] y WILLIS. Según CARRETER, el esfuerzo del autor “se debilita allí donde era precisa una capacidad creadora superior” (p. 82), y a partir del tratado IV “la obrita decae vertiginosamente de interés” (p. 99). Esto —respondo *ad hominem*— no es verdad. Mi “interés” no sufre mengua alguna —ni siquiera hay tiempo para eso, pues son tan breves—, al contrario: ¡qué fuerte pincelada pone el tratado IV en la parte religiosa y social del cuadro! El VI es un simple párrafo de transición, pero ¡qué bien cumple su función!, ¡qué manera de contar *multum in parvo*! Lo “vertiginoso” no es el decaimiento del interés, sino la hechura de esos dos párrafos. Cabe añadir que en *todo* “relato corrido” (histórico, biográfico, novelesco, etc.) hay esa clase de “anormalidades”: por principio de cuentas, unas cosas necesitan más espacio que otras; y nada más común que el fenómeno de la “digresión”: detalles que se desvían del “tema principal”, pero que vienen bien “a propósito de” él (en el tratado V, a propósito de algo capital: la *experiencia* que va adquiriendo Lázaro de “las cosas que suceden”).

cluyendo a Rico, hacen las lecturas 2 y 3, que de hecho son una sola (Lázaro, costal de vilezas). Entre ellos están quienes no hundan irremisiblemente a Lázaro desde antes de ser parido, sino que lo encuentran simpático a lo largo del relato y *sólo* lamentan el desdichado final. Así MÁRQUEZ [a], pp. 292-293: “Lazarillo, niño precoz, avisado y listo [y no, añadido yo, “tramposo, ladrón e hipócrita”, como dicen sus malquerientes totales], después de ganarse —cheque en blanco— nuestra simpatía, nos defrauda escandalosamente al llegar a la edad adulta convertido en un ser abyecto”.

Es como si la lectura 1 resultara vulgar, barata, ingenua, *lectio facillior* sin recovecos ni sofisticaciones. Pero ¿y si resulta que la lectura “ingenua” es en realidad la *lectio difficilior*, y que las lecturas rebajadoras, con todos sus matices y refinamientos, son las facilonas? Las lecturas rebajadoras han venido a constituir una especie de ciudadela inexpugnable, contra la cual nada pueden las lecturas “ingenuas” (o sea las *difficiliores*). Observa MARTINO, p. 401, que el artículo de JAÉN (1968), “acuto contributo” a la exégesis del *Lazarillo*, “non ha riscosso l’attenzione che merita, forse perché contraddice tante opinioni «autorevoli» sulla personalità [di Lázaro]” (las cursivas son mías). Y tampoco se ha hecho caso del espléndido alegato de WOODS (1979) en favor de la lectura “ingenua” (“documentato ed eccellente saggio” lo llama MARTINO, *ibid.*). Es cierto, dice WOODS, p. 580, que el autor “deliberately exploits the moral ambiguity of his novel”, pero esto no significa, como quiere Rico, que sea un escéptico a quien todo le da igual (“It is one thing to be in doubt as to the facts of a situation one is seeking to judge; it is quite another to be in doubt as to what standards to apply”), sino que ha querido someter a los lectores a una serie muy bien calculada de *tests*. Para mayor claridad, a mí se me ocurre pedirles a los lectores que digan su sentir en cuanto a aseveraciones como éstas: “Es justo que el militar a quien matan en una batalla sea llorado y enaltecido; pero, aunque toda sangre sea colorada, la muerte de un acemilero en la misma batalla no tiene la menor importancia”; “Un robo es siempre un robo” (no importa que sea por necesidad, y que se trate de unas herraduras usadas); “Pobreza es vileza, de manera que un pobre es moralmente inferior a un rico”; “El concepto de honra del escudero es positivo y loable”; “El *Lazarillo* no estará escrito en grosero estilo, pero ciertamente es una *nonada* (un pobre diablo engañado por su mujer, ¡vaya asunto!)”. Cada *test* conlleva una “trampa”,



una “pitfall for the moralizer”, como se intitula el artículo de Woods. Al responder honradamente, cada lector “se delata”. Pienso, por ejemplo, que quien se escandaliza de que Lázaro consiga una ropita decente, está revelando una mentalidad de señorito (no es capaz de ver que esa ropita es “a necessary prerequisite of getting a more remunerative job”, como ve Woods, p. 587); y quienes, para más degradarlo, hacen cristiano nuevo a Lázaro, están aceptando, a estas alturas, una mentalidad de cristianos viejos que no es sino racismo.

Cosa muy distinta son las “trampas” no puestas por el autor, sino por los críticos. Me refiero a las hiper-interpretaciones, a los descubrimientos de significados degradantes en las expresiones más inocentes<sup>12</sup>. Nada tan justo como el que un muerto de hambre quiera sacar el mejor provecho de una situación que no se presenta sino muy de tarde en tarde. Pues bien, Wardropper subraya cuidadosamente en su ejemplar la palabra *provecho* cada vez que aparece, una de ellas cuando el escudero pone en manos de Lázaro un real, preciosísimo por único, y él lo toma y corre al mercado pensando en qué lo emplearía “que fuese mejor y más *provechosamente* gastado”, o sea lo más barato y lo más nutritivo posible, para él y *su amo*. ¡Y esto lo incluye WARDROPPER, p. 444, entre otras varias pruebas de que “el provecho, para [Lázaro], es el manantial de toda *moral*, incluso de la honra”! Poco antes, cuando el escudero le pide “referencias” a Lázaro (pues el buen hidalgo no va a “contratar” a cualquiera), “Yo —dice Lázaro— le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara”, o sea, por no venir a cuento. Si hubiera mencionado la descalabradura del primer amo, ¡adiós empleo!<sup>13</sup> Pues bien, CARRETER, p. 148, lo interpreta así: ¡Lázaro

<sup>12</sup> Veo que entre ciertos críticos actuales está muy de moda el deporte de la hiper-interpretación. Ejemplo, los recientes editores de la *Carajicomedia* y del *Arte de putear* de Moratín padre. Cf. mis reseñas en NRFH, 46 (1998), pp. 471-473 y 493-495, respectivamente.

<sup>13</sup> Me atrevo a decir que no hay un solo *curriculum vitae* académico completamente libre de mentiras: presentación, bien calculada, de lo que se cree meritorio, y cuidadosa omisión de datos desfavorables. A Lázaro le pasa lo que a un profesor joven y deseoso de ascenso que trata de “dar buena impresión” ante un jurado, —cosa que a nadie le parece mal. Lázaro no quedó cautivado por la “grandeza española” encarnada en el escudero, sino porque se dijo: “Sirviendo a este caballero tan fino, de seguro que ya no voy a pasar hambres”, y se esforzó, por consiguiente, en darle “buena impresión”.

miente porque siente “vergüenza de sí mismo”, porque quiere “ocultar su miseria *moral*”! (En el presente artículo pululan los “descubrimientos” de este tipo. Y entre los “descubridores”, el que se lleva la palma parece ser Manuel Ferrer-Chivite.)

De las trampas auténticas, las puestas por el autor, la mejor es la del final. Es una trampa muy sutil, especialmente “insidiosa” y seductora. Abundan en el tratado VII los datos que, como otras tantas sirenas, están “solicitando” a quienes navegan en el océano de la moral al uso y de las convenciones sociales. Pero *ninguno* de estos datos es concluyente. Son las malas lenguas las que sacan la conclusión —tan obvia, tan sobada: ¿no es un hecho que muchos clérigos tienen mancebas disfrazadas de criadas? Quienes dan por seguro que Lázaro es cornudo no se basan sino en “chismes de vecindad”. Lázaro, dice muy bien Woods, p. 593, tiene la conciencia tranquila. No hace mal a nadie. “It is the other two [el arcipreste y la mujer] who attempt to conceal their vices”, —en el supuesto de que existan “vicios”; y si es así, resulta curioso, como observa CASA, p. 89, que los críticos dirijan su indignación moral contra Lázaro y no contra el arcipreste, que sería el verdadero culpable. En conclusión, “even on the assumption that the archpriest is guilty, Lázaro is hardly the moral reprobate he has been made out to be. But that assumption, if we make it, is *ours alone*” (WOODS, p. 594).

Por otra parte, dice WOODS, pp. 583-586, los críticos exageran la cuantía de los regalos del arcipreste: eran y siguen siendo los normales que se le hacen a una criada eficiente. Ni es verdad que el oficio de pregonero fuera “infame”: aunque poca cosa, era bastante solicitado, pues daba lo suficiente para vivir. (A los datos de Woods añádanse los muy elocuentes que ofrece MARTINO, pp. 395-396.)<sup>14</sup> Es natural que el insignificante Lázaro haya necesitado “favor de amigos y señores” para conseguirlo. Era sin duda, pienso yo, un joven vivaracho y simpático, de esos que “caen en gracia”; seguramente tenía buena voz, y no hay por qué no creerle cuando dice ser el mejor de su oficio

<sup>14</sup>Lázaro, hombre de buen humor, podrá haberse reído por dentro al ufanarse de ejercer (*ejem!*) un “oficio real”, pero está bien averiguado que no dice mentira. “Office royal, *certes* —comenta BATAILLON [a], p. 51—, mais pour être sensible au côté humoristique de cette promotion, il faut savoir que c’était le plus infime, le moins reluisant de tous”. No de otra manera, en nuestros días, un ínfimo “mozo de servicio” que tiene modestamente asegurada su vida puede ufanarse de estar en la nómina ¡de la Secretaría de Gobernación!

en la gran Toledo. La reacción de CARRETER, p. 166, a lo de “amigos y señores” es muy otra: pregunta “¿Quiénes fueron estos protectores? ¿Con qué miserias y claudicaciones alcanzó [Lázaro] su favor?”, y deja que cada quien imagine lo peor<sup>15</sup>.

“El autor del *Lazarillo*—dice CARRETER, p. 182— necesita que ni una gota de sangre digna quede al personaje”; Lázaro “ha de quedar marcado por una deshonra *completa*”. Exagera, por supuesto (a causa de su impresionante antipatía por el personaje), pero hay bajo su observación una profunda verdad: el autor necesita que ni una de las pinceladas del retrato sea favorecedora; quiere que el realismo sea *completo*: quizá hijo de un morisco (cf. *supra*, p. 432, nota 5), hijastro de un negro, mozo de un ciego, ayudante de un pintor (¡de panderos!), aguador, vestido con ropas que alguien desechó, etc., etc., y objeto, al final, de ofensivos chismes de vecindad. ¡Todo lo contrario de la muy noble y muy hermosa historia del *Abencerraje*! ¡El polo opuesto de una novela rosa! ¿Y para qué esto? Si “desde luego, en el siglo XVI, los pícaros son ajenos al honor” (MARAVALL), y si Lázaro es pícaro de nacimiento, ya todo está dicho: cualquier bellaquería le es “connatural”. Los descubridores de que, entre otras vilezas, Lázaro actuó de alcahuete del pintor de panderos no van a causar gran revuelo. O, dicho de otro modo (por CASA, p. 89): “If the case against Lázaro is so clear, why do so many persons feel the need to expose him once again [and again, and again]?”; Lázaro “is too small a fish to be the target of such a complex work” (p. 92).

No hay duda, en efecto, de que el *Lazarillo* es una “obra compleja”: cada pincelada del retrato moral, de la primera a la última, añade sentido y relieve a la concisa reflexión del prólogo: considérese cuán poco se debe a aquellos cuyo “mérito” consiste sólo en haber heredado una buena situación; y considérese, por otra parte, “cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria [la fortuna], con fuerza y maña salieron a buen puerto”. Quienes piensan que Lázaro nació abyecto por haber nacido pobre<sup>16</sup>, y que cada pincelada tiene por objeto hundir aún

<sup>15</sup> CARRETER es de los que piensan que el oficio de pregonero era infamante; dice (p. 92) que lo que Lázaro ha conseguido al desempeñarlo no es sino “ocup[ar] otro lugar en el cortejo penitenciario”. (¿Y para *eso* tuvo que apechugar con las miserias y claudicaciones indecibles a que lo sometieron algunos “grandes señores”?)

<sup>16</sup> Tal es la convicción expresada en el soneto “Quien dice que pobreza no es vileza / no tiene en mucho el título de *honrado*...”, que es una réplica

más al ya hundido, empobrecen radicalmente el libro. Todo cambia en cuanto se abren los ojos a *lo que está allí*: los muchos detalles realistas son indispensables para que al final se vea cómo Lázaro se ha instalado firmemente en la serenidad, no instruido por libros, sino por su propia *vida*. Lázaro es una figura ejemplar, un héroe auténtico. El verdadero “antihéroe” es el miserable escudero, con su “paso y pompa”, con su “dignidad” hecha de viento: “Dios es testigo que hoy día, cuando topo con alguno de su hábito, le he lástima”. (Increíble parece que Carreter vea “simpatía” en lo que no es sino altivo y tranquilo desprecio.) Y la verdadera vileza, al final, es la de los chismosos y mestureros. Lázaro, como muy bien observa CASA, p. 95, “has freed himself from the hypocrisy of society”. Su vida, además, es un rotundo mentís a los dogmas deterministas y conformistas. Es falso que los “mal nacidos” (como él) sean moralmente inferiores a los “bien nacidos” (como el escudero). Y no es verdad que a los de abajo les esté vedado subir. La compra de los trapos decentes está cargada de sentido; no podía ser más plástica, más palpable, la expresión de una enorme alegría íntima: la de, por fin, “salir de pobre”. (Tengo la impresión de que los denigradores de Lázaro no sólo no saben lo que es “ser pobre”, sino que ni siquiera han reflexionado por cuenta propia en lo que es la pobreza. Creo que todos han nacido en países del “primer mundo”.)<sup>17</sup>

de tono solemne a quienes no aceptan la ecuación *pobreza = vileza* y salen con la novedad de que tan honrado puede ser el pobre como el rico. El soneto fue muy celebrado, pues se lee en buena cantidad de manuscritos. Cf. texto y nota en el *Cartapacio de Francisco Morán de la Estrella* [ca. 1585], ed. R. A. DiFranco *et al.*, Madrid, 1989, núm. 124. Según toda verosimilitud, su autor es el duque de Sessa, Gonzalo Fernández de Córdoba (nieta del “Gran Capitán”), uno de los “Grandes” de España. Varios de los denigradores de Lázaro siguen, pues, pensando de la misma manera “señorial”.

<sup>17</sup>Los testimonios “personales” son tan buenos como cualesquier otros. Lo *mejor* que puede hacer un filólogo-dialectólogo nacido en Oseja de Sajambre (o en Cochabamba) al estudiar los cambios ocurridos en el habla de su tierra, es contar, por ejemplo, que su abuelo usaba todavía cierta palabra olvidada ahora y sustituida por otra. Por eso añado que yo conozco bien a lazarrillos del “tercer mundo”, o sea de México. Me acuerdo sobre todo de uno bastante joven (unos 25 años), que estaba feliz de la vida. Nacido pobre en un pueblo pobre, se vino a México siendo “muy chamaco”, en busca de “chamba”. Cuando platiqué con él, hacía poco que había dejado de quebrarse la espalda como “mozo de servicio” en un edificio elegante, y ahora, “con favor de amigos”—como Lázaro—, era chofer de taxi; tenía que pagarle feudo al dueño del coche, pero, aun así, ya había salido de pobre ¡y se sentía *libre!*

Sí, Lázaro ha salido de pobre. Según las normas sociales, su oficio de pregonero no era precisamente decoroso, y hubiera sido “lógico” buscar la manera de poner el pie en el siguiente escalón y subir luego más (y más y más, *comme tout le monde*). Pero esas convenciones no valen para él; él se queda con su modesto *vivir*: no va a cometer, ahora que ha llegado a buen puerto, la estupidez de arrojarse a las aguas turbias de la ambición. *Nemo sua sorte contentus*, dice el adagio. Lázaro es una excepción. Puede hacer suyo el epigrama humanístico

*Inveni portum. Spes et Fortuna, valet!*  
*Nil mihi vobiscum: ludite nunc alios*<sup>18</sup>,

tal como puede hacer suyo el *Ab ipso ferro* de fray Luis de León; las calamidades no lo han quebrado: lo han robustecido. Ha alcanzado por sí sólo la *tranquillitas animi* tan apetecida por los sabios. Fray Luis añorará la dicha de *vivir* “ni envidiado ni envidioso”; Lázaro la ha logrado: ni envidia a nadie ni permite que la envidia ajena lo altere.

Que conste: no estoy diciendo que la mujer de Lázaro era virgen intacta al casarse con él y jamás le fue infiel, ni que el arcepreste era un varón intachable. Si lo dijera, estaría siguiendo el “método” de quienes tan seguros están de que “Lázaro es un rufián hipócrita” (y todo lo demás). Lo que digo, y muy en serio, es que la lectura “ingenua” es, por principio de cuentas, cien por ciento legítima. Nadie llegará a demostrar que es *impossible*. Para poner un ejemplo: WOODS, p. 597, cita una carta de 1487 en que varios eclesiásticos protestan contra el hábito de pensar que el clérigo que tiene una criada a su servicio es *ipso facto* un concubinario. Y, si nos ponemos a reflexionar un poco, ¿acaso es descabellado pensar que *no todos* los miembros del clero vivían (o viven) “en pecado”? El que Lázaro acabe cornudo es otra *posibilidad*, explotada hasta el máximo y convertida en vulgata y en dogma.

Pongamos, pues, que Lázaro es engañado por su mujer. ¿Y eso qué? *So what?* Es perfectamente *possible* resumir así lo que Lázaro dice al final: “La conciencia es asunto personal. Nadie tiene derecho a interferir en la mía, y yo sería un bobo si me pusiera moralista, sobre todo no siendo más santo que mis veci-

<sup>18</sup> Este hermoso dístico gozó de enorme aprecio entre los humanistas de toda Europa: véanse los datos que recoge BATAILLON [b], p. 681, nota 38.

nos”. Como dirá Cervantes: “Allá se lo haya cada uno con su pecado...; no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello”. (Obsérvese, de paso, el auténtico respeto de Lázaro por su mujer, cosa rara en una época en que la mujer no contaba.) Lázaro, que cree con toda el alma que no hay nada como *vivir* en paz consigo mismo, no va a dejar que las quisquillas de la honra (de lo que la gente tiene por honra) le destruya ese *summum bonum*. Como poco después dirá Montaigne (*Essais*, III, 5) a propósito de “la plus vaine et tempesteuse maladie qui afflige les ames humaines, qui est la jalousie”: ¡qué dramas espantosos suele desencadenar un celoso! Los antiguos eran más sabios que nosotros: “Lucullus, Cæsar, Pompeius, Antonius, Caton et d’autres braves hommes furent cocus, et le sceurent sans en exciter tumulte”<sup>19</sup>. Y, además de ironizar sobre la “charité esmerveillable” de quien se ocupa más “de la conscience de sa bonne espouse que de la sienne propre”, se burla Montaigne de quien puede tolerar que lo acusen de los peores crímenes pero no soporta “la honte qui luy vient des vices de sa femme”<sup>20</sup>. Bien pudo leer Montaigne el *Lazarillo*. Pero ciertamente leyó a Erasmo.

BATAILLON [b], pp. 644-645, después de observar cómo Erasmo estuvo cultivando diversas formas literarias, por ejemplo el “coloquio humanístico” o ciceroniano (*Senile colloquium*, *Convivium religiosum*) y el “diálogo lucianesco” (*Charon*), prosigue así:

Pero todo esto no es sino el marco. El coloquio típicamente erasmiano nació el día en que Erasmo se propuso dar como materia prima de estas conversaciones algo distinto de las acciones de la vida diaria, algo distinto también de simples discusiones de ideas que se levantan por encima de las contingencias del momento, es decir, el día en que introdujo en ellos observaciones sobre las costumbres, alusiones a los acontecimientos políticos, dardos satíricos apuntados contra individuos o contra categorías de hombres, confidencias o recuerdos personales, debates acerca de las cuestiones religiosas más candentes.

<sup>19</sup> Covarrubias, s.v. *cornudo*, menciona a Sila, César, Pompeyo, Lépido, Quinto Metelo, el emperador Antonino “y otros infinitos príncipes y señores”.

<sup>20</sup> Quevedo dirá algo parecido (¡pero por boca de un diablo!): “Las cosas de más valor en vosotros [los españoles] son la honra, la vida y la hacienda; y la honra está junto al culo de las mujeres, la vida en manos de los doctores y la hacienda en las plumas de los escribanos”.



Claro, el *Lazarillo* no tiene forma de “coloquio”, pero todo cuanto Bataillon observa, salvo quizá lo de “confidencias o recuerdos personales”, le viene como anillo al dedo. Los *Coloquios* de Erasmo son el fruto maduro de una mente impregnada de experiencia, son pensamiento profundo puesto en acción. El *Lazarillo*—digo yo, glosando a Bataillon— nació el día en que una mente española, impregnada de lectura de Erasmo, puso en acción sus ideas íntimas sobre lo que estaba ocurriendo en España<sup>21</sup>. Fruto de un maduro pensar, el libro está invitando a pensar. Y el pensamiento del autor es tan lúcido como el del mismísimo Montaigne.

Ya he expresado (ALATORRE, pp. 254-255) mi convicción de que el autor del *Lazarillo* es el jerónimo fray Juan de Ortega. No hay *nada* comparable con el testimonio de fray José de Sigüenza; *nadie* ha demostrado que este testimonio, tan preciso y tan categórico, sea falso. No veo razón alguna para lanzar más candidaturas. Es un juego que podría seguir y seguir, pero ¿tiene caso? El candidato más reciente—que yo sepa— es Juan Maldonado (erasmista, *ma non troppo*)<sup>22</sup>. Supongamos que vence a los demás por mayoría de votos. ¿Acaso con ello va a cambiar un ápice el sentido del *Lazarillo*?

Los dos últimos capítulos del *Erasmo y España* son fascinantes. ¡En qué poco tiempo el arrasador erasmismo de la primera

<sup>21</sup> Tengo muy presente lo que antes ha dicho Bataillon: “Si supiéramos que el autor es un erasmista, habría que concluir que *lo oculta muy bien...*; la sátira erasmiana está animada de otro espíritu...”, etc. (BATAILLON [b], p. 611, nota 3). Viniendo de quien vienen, son palabras mercedoras de respeto. Sin embargo, además de que Bataillon está rastreando el pensamiento religioso de Erasmo más que sus ideas sociales (cf. ALATORRE, p. 255, nota 3), yo creo que sus muchos árboles—su minucioso conocimiento de la obra de Erasmo— le impidieron, *en este caso*, ver el bosque. Se han encontrado antecedentes concretos de no pocas cosas del *Lazarillo* (la treta del racimo de uvas, la “casa lóbrega y oscura”, etc.) y ninguna que corresponda de manera inequívoca a algún pasaje de Erasmo. Pero lo que cuenta es el *espíritu*, el imán erasmiano que poderosamente ha atraído la gran cantidad de piecetas metálicas que constituyen la materia del libro.

<sup>22</sup> Candidatura lanzada por COLAHAN/RODRÍGUEZ [a]. Según ellos, Maldonado es “a more viable candidate than Sebastián de Horozco, who was proposed in 1957 by Francisco Márquez Villanueva and who, in our opinion, has been until now the best choice”. No sé cuántos son ahora los hispanistas que comparten semejante “opinión”. Yo, desde luego, la encuentro inconvincente en sumo grado. (Por lo demás, esa candidatura ya la había lanzado, y a tambor batiente, Julio Cejador en 1914.)

mitad del siglo XVI, apadrinado por Carlos V y profesado por tantos hombres y mujeres insignes, eclesiásticos y seculares, pasó a ser una doctrina condenada y aplastada! Es una de las contrarrevoluciones más fulminantes y exitosas que ha habido. En 1554, cuando apareció el *Lazarillo*, el erasmismo estaba ya silenciado. Sin embargo, movidos por el deseo de mantener vivos los mensajes de humanidad, cordura y libertad espiritual de Erasmo, los muchos erasmistas que quedaban siguieron escribiendo, aun a sabiendas de que sus escritos no podrían imprimirse, o comenzaron a expresarse de maneras oblicuas. (Su más ilustre representante será el autor del *Quijote*, erasmista de la última hora.) Para mí es claro que los lectores de 1554 entendieron “erasmianamente” el *Lazarillo*. Todos sabían perfectamente que *monachatus non est pietas*; todos habían leído el *Enchiridion*, ese *best-seller* que hace ver que la religión no consiste en ceremonias exteriores (y adventicias, además); conocían el *Modus orandi* y sabían lo que Erasmo pensaba sobre modos de orar como el del ciego, ese gran rezandero profesional; conocían el coloquio *Uxor mempsigamos*, que predica la concordia y la fe mutua en la pareja humana; conocían el adagio de los *Silenos de Alcibíades*, con su amena invitación a distinguir entre lo exterior y lo interior y a no dejarse guiar por las apariencias. (Ejemplo elemental, la “repulsiva” figura de Zaide: si mediante la reflexión, instrumento número uno del crítico, vamos eliminando las exterioridades; si no nos asusta que sea negro, ni que se junte con una viuda, ni que a veces robe por necesidad, nos quedamos con este meollo: Zaide es un ser humano responsable y cariñoso, de quien pueden aprender no pocos señores casados: “*siempre* traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leños a que nos calentábamos”). El mensaje del *Lazarillo* es eminentemente erasmiano —o, digamos, metaerasmiano, pues en la obra del sabio de Rotterdam no está “previsto” el monstruoso agrandamiento español del concepto de *honra*. (Seguramente tienen razón quienes observan que la idea de “honra marital” vino a amalgamarse en España con el tremendo fantasmón de la “limpieza de sangre”).

Como prueba de la índole erasmiana del *Lazarillo* y de su peligrosidad para el *establishment*, basta parar mientes en las dos muy notorias supresiones que se hicieron en la edición de 1573, “castigada” por Juan López de Velasco. Desaparecen por completo los tratados IV y V. El tratado IV es una rápida glosa o ejemplificación del *monachatus non est pietas*, la formulita erasmiana que tanto les

ardió a los frailes españoles; y el V le presenta al lector un caso concreto e inequívoco de esas exterioridades y superfluidades en que se ahoga la verdadera devoción cristiana —*philosophia Christi*—, mensaje por excelencia de Erasmo. CARRETER, p. 165, cree que la supresión del tratado V podría explicarse por “la equívoca manera de contar”. Yo creo que para López de Velasco era absolutamente inequívoco el mensaje, —y el mensaje no valdría lo que vale sin esa “manera de contar”. (WILLIS, en su artículo sobre la “necesidad artística” de este episodio, subraya su “exquisite neatness” y dice: “In some ways, Chapter V is one of the most interesting of the little book” (p. 275). Estoy totalmente de acuerdo.) Y no hay que olvidar que los lectores del siglo XVII —López de Úbeda, Góngora, Lope, Quevedo, etc.— no conocieron el *Lazarillo* sino en la versión deturpada.

Pero la deturpación del librito no comenzó en 1573. Ya en el mismísimo año de 1554 alguien se había dado cuenta de que era necesario manchar y desfigurar a Lázaro para neutralizar el mensaje. Así se explican los famosos añadidos de la edición de Alcalá, que destruyen toda la ejemplaridad de Lázaro haciéndolo inequívocamente pícaro, hipócrita, cornudo. El adicionador de Alcalá me hace pensar en esos dos retratos de Erasmo publicados por Bataillon en el último capítulo, rayados con violentos plumazos. Esos añadidos se mencionan expresamente en la portada misma de la edición de Alcalá: “La vida de Lazariillo de Tormes..., *nuevamente* impresa [ha habido ediciones anteriores], *corregida*, y *de nuevo añadida*” (palabras que faltan, por supuesto, en las otras tres ediciones de 1554). Hay, extrañamente, críticos modernos que, sin parar mientes en eso, sienten que la edición de Alcalá es la buena, la única respetuosa del texto original, y que las otras tres ofrecen un texto mutilado. (El más moderno sostenedor de tan absurda tesis es FERRER [f] y [g].) Eso sí, la edición de Alcalá ocupa un lugar sumamente importante en la historia de la literatura: es el embrión, eminentemente “viable”, de una robusta criatura que nacerá en 1599: la novela picaresca. Dejando intacta la estructura —la forma autobiográfica, la serie de peripecias, etc.—, el anónimo de Alcalá impuso al libro un *cambio radical de orientación* y convirtió al héroe en antihéroe. El primer pícaro no es Guzmán, sino el Lázaro de la edición de Alcalá<sup>23</sup>.

<sup>23</sup> Bien visto, a los denigraores de Lázaro les da lo mismo la edición de Alcalá que las otras de 1554: de cualquier manera creen estar leyendo la

Este cambio de orientación, tan exquisitamente reglamentado por los teólogos del Concilio de Trento, es lo que suele llamarse Contrarreforma. Los españoles de la época de Felipe II no respiraban el mismo aire que los de tiempos de Carlos V. La armazón social y política se había hecho muy tiesa, y las libertades (de pensamiento y de palabra, de lectura y de conducta) estaban minuciosamente controladas. López de Velasco, en 1573, no sólo eliminó los tratados IV y V, sino también, perspicazmente, la frasecita incidental sobre la avaricia del clero (tratado II, al comienzo) y la filosa crítica de la aristocracia (tratado III, al final). La Inquisición no hacía diferencia entre la herejía religiosa y la política. Ejemplo notable de herejía política es *El Concejo y consejeros del príncipe* de Fadrique Furió Ceriol, que arremete contra los supersticiosos que dicen que “todo es del rey”, que “el rey puede hacer a su voluntad”, que “puede poner cuantos pechos quisiere” y, en resumen, que “no puede errar” (a quienes así piensan los llama nada menos que “enemigos del bien público”). Los españoles comunes y corrientes de hoy, que viven bajo una monarquía constitucional, con un rey total-

---

autobiografía de un ser abyecto, o sea una “novela picaresca”. Desde luego, cada quien tiene derecho a sus opiniones. Si quinientos críticos le ponen la etiqueta “novela picaresca” al *Lazarillo*, a mí me tiene sin cuidado: no por ello va a quedar afectada mi lectura del libro. Y lo mismo digo si alguno decide meter también el *Coloquio de los perros* y *Rinconete y Cortadillo* en ese saco. Sin embargo, la reivindicación de Lázaro está trabada con la exigencia de una sólida demarcación de “lo picaresco”, un deslinde serio, que atienda al sentido de los textos, o sea a lo esencial. Decir —pongamos por caso— que Lázaro, Guzmán, Pablos, Rinconete y Cortadillo tienen en común hurtar, es andarse por las ramas. Estoy totalmente de acuerdo con PARKER, que dice: *a)* el *Lazarillo* podrá haberle mostrado un camino a Mateo Alemán, pero no es aún lo que se llama “novela picaresca” (“it is not a picaresque novel in the full sense of the term”, p. 2); *b)* el *Lazarillo* no es el “primer ejemplo” de un “género”, sino que fue una obra aislada, única, sin descendientes, durante varios decenios (“It remained isolated for forty five years. This fact alone makes it impossible to call it the first example of a new genre”, p. 24); *c)* el *Lazarillo* fue modelo del *Guzmán* en cuanto a la estructura argumental (“[the *Lazarillo*] provided the form for the future picaresque novel”, p. 20). Este deslinde significaba, por supuesto, un ataque frontal contra la “tesis” de Carreter, el cual replicó con explicable violencia, pero no veo que Parker haya quedado refutado. Dice CARRETER, p. 233, nota, que la afirmación *c* de Parker (el *Guzmán* adopta la “forma” del *Lazarillo*: variedad de amos, aventuras, tretas) está en contradicción con las afirmaciones *a* y *b* (el *Lazarillo* no es todavía novela picaresca), lo cual —añade— “no hace sino aumentar la confusión del lector”. Yo no veo contradicción ni siento confusión alguna.

mente imposibilitado de gobernar a su antojo, podrán sorprenderse al saber que hubo un tiempo en que el rey era casi como Dios, y, por supuesto, aplaudirán unánimemente a Furió Ceriolo por haber puesto las cosas en su sitio. Y hay otra cosa que Furió afirma como si fuera lo más natural: “No hay más de dos tierras en el mundo: tierra de buenos y tierra de malos. Todos los buenos, agora sean judíos, moros, gentiles, cristianos o de otra secta<sup>24</sup>, son de una mesma tierra, de una mesma casa y sangre; y todos los malos de la misma manera”.

¿Aprueban los españoles (y los hispanistas) de hoy esta última afirmación con la misma unanimidad que la primera? En vista de lo que sienten tantos críticos modernos acerca de la moral del *Lazarillo*, yo lo dudo. Quien le echa en cara a Lázaro su falta de respeto por los usos establecidos y las convenciones sociales, está ple-gándose, quiéralo o no, a los dogmas de la Contrarreforma.

Vale la pena subrayar el hecho de que *El Concejo y consejeros del príncipe* se estampó en 1559, justamente el año en que el Índice prohibió la lectura de Erasmo y también la del *Lazarillo*. Pero es que Furió imprimió su libro en Amberes, no en España. En España hubiera sido ya absolutamente impublicable (y no parece haber tenido lectores). En 1559 los judíos y los herejes eran ya la abominación máxima, y decir que la estima convencional de la gente —la honra, la “negra honra”— era una superstición vana, un concepto sin contenido moral, hubiera sido como decir que el Mesías aún no había venido, o que los sacramentos no confieren “gracia” alguna, sino que son simples ceremonias.

Este artículo mío quiere ser un llamado a la sensatez. Probablemente no va a hacer mella en los críticos a quienes critico, sobre todo ahora que *feruet opus*: así como surgen nuevos candidatos a la autoría del *Lazarillo*, así también están hallándosele más tachas a Lázaro. Cuanto más duren los juegos inútiles, tanta menos calma habrá para atender al *sentido* del gran librito.

*Qui habet aures audiendi, audiat.*

ANTONIO ALATORRE  
El Colegio de México

<sup>24</sup>La distinción entre *gentiles* (‘paganos’) y *cristianos* es clara; pero la palabra *secta* no puede ser sino alusión a los luteranos, calvinistas, anabaptistas, unitarios, etc. Lo que está diciendo Furió es, evidentemente, que el catolicismo “romano” no es sino una de las varias formas de cristianismo.

## ABREVIATURAS

- ALATORRE: Antonio Alatorre, reseña de MARTINO en *NRFH*, 50 (2002), 252-264.
- ALONSO: Dámaso Alonso, "La novela española y su contribución a la novela realista moderna", *Cuadernos del Idioma*, Buenos Aires, 1965, núm. 1, 17-43.
- ASENSIO: Manuel J. Asensio, "El *Lazarillo* en su circunstancia histórica", *RLit*, 54 (1992), 101-128.
- AYALA: Francisco Ayala, "El *Lazarillo*: nuevo examen de algunos aspectos", *CuA*, 1967, núm. 1, 209-235.
- BATAILLON [a]: Marcel Bataillon (introd.), *La vie de Lazarillo de Tormes*, Paris, 1956. (Traducción española en *Novedad y fecundidad del "Lazarillo de Tormes"*, Salamanca, 1973.)
- BATAILLON [b]: *Id.*, *Erasmus y España*, trad. A. Alatorre, 2ª ed., México, 1966.
- BELL: A. Bell, "The rhetoric of self-defence of *Lazarillo de Tormes*", *MLR*, 68 (1973), 84-93.
- BONILLA: Adolfo Bonilla y San Martín, ed. del *Lazarillo de Tormes*, Madrid, 1915.
- BRANCAFORTE: Benito Brancaforte, "La abyección en el *Lazarillo de Tormes*", *CuH*, 1982, núm. 387, 551-556.
- CARRETER: Fernando Lázaro Carreter, "*Lazarillo de Tormes*" en *la picaresca*, 2ª ed., Barcelona, 1983. (La 1ª ed. es de 1972.)
- CASA: Frank P. Casa, "In defence of Lázaro de Tormes", *CrHi*, 19 (1997), 87-98.
- CASTRO [a]: Américo Castro, *España en su historia*, Buenos Aires, 1948.
- CASTRO [b]: *Id.*, *Hacia Cervantes*, Madrid, 1957.
- COLAHAN/RODRÍGUEZ [a]: Clark Colahan y Alfred Rodríguez, "Juan Maldonado and *Lazarillo de Tormes*", *BHS*, 72 (1995), 289-311.
- COLAHAN/RODRÍGUEZ [b]: *Id.*, *id.*, "De vuelta sobre la alusividad sexual del tratado IV del *Lazarillo*", *RLit*, 61 (1999), 215-223.
- DEHENNIN: Elsa Dehennin, "*Lazarillo de Tormes* comme parole de discours et parole de récit", *LNL*, 1977, núm. 220, 12-56.
- DEYERMOND: Alan D. Deyermund, "*Lazarillo de Tormes*": *A critical guide*, London, 1975.
- FERRER [a]: Manuel Ferrer-Chivite, "Lázaro de Tormes, personaje anónimo", *CH*(6), 235-238.
- FERRER [b]: *Id.*, "Lazarillo de Tormes y sus zapatos. Una interpretación del tratado IV a través de la literatura y el folklore", en: *Literatura y folklore, Actas del primer Symposium Internacional del Departamento de Español en la Universidad de Groningen*, Salamanca, 1983, pp. 243-269.
- FERRER [c]: *Id.*, "Sustratos conversos en la creación de Lázaro de Tormes", *NRFH*, 33 (1984), 352-379.
- FERRER [d]: *Id.*, "El *Lazarillo de Tormes*: ¿caso o casos?", *CH*(10), t. 1, pp. 425-431.
- FERRER [e]: *Id.*, "El escudero del *Lazarillo*, cristiano nuevo", *Studia aurea: Actas del III Congreso de la AISO*, ed. I. Arellano *et al.*, Pamplona, 1996, t. 3, pp. 177-184.
- FERRER [f]: *Id.*, "Los silencios de Lázaro de Tormes", *Siglo de Oro: Actas del IV Congreso de la AISO*, ed. M. C. García de Enterría y A. Cordon Mesa, Alcalá, 1998, t. 1, pp. 587-592.
- FERRER [g]: *Id.*, "Sobre las así llamadas interpolaciones de Alcalá", *CH*(13), t. 1, pp. 318-326.



- FRIEDMAN: Edward H. Friedman, "Coming to terms with Lázaro's prosperity", *CrHi*, 19 (1997), 11-23.
- GILMAN: Stephen Gilman, "The death of *Lazarillo de Tormes*", *PMLA*, 81 (1966), 149-166.
- GITLITZ: David Gitlitz, "Inquisition confessions and *Lazarillo de Tormes*", *HR*, 68 (2000), 53-74.
- GÓMEZ-MORIANA [a]: Antonio Gómez-Moriana, "Intertextualidad, interdiscursividad y parodia. Sobre los orígenes de la forma narrativa en la novela picaresca", *Dispositio*, 8 (1976), 123-144.
- GÓMEZ-MORIANA [b]: *Id.*, "La subversión del discurso ritual. Una lectura intertextual del *Lazarillo de Tormes*", *RCEH*, 4 (1980), 133-154.
- GÓMEZ-MORIANA [c]: *Id.*, "Autobiografía y discurso ritual. Problemática de la confesión autobiográfica destinada al tribunal inquisitorial", en: *L'auto-biographie en Espagne*, Aix-en-Provence, 1982, pp. 69-94.
- GUILLÉN [a]: Claudio Guillén, "La disposición temporal del *Lazarillo de Tormes*", *HR*, 25 (1957), 264-279.
- GUILLÉN [b]: *Id.*, "Introduction" a su ed. del *Lazarillo* y el *Abencerraje*, New York, 1966.
- HOLZINGER: Walter Holzinger, "The breadly paradise revisited: *Lazarillo de Tormes*, II", *RHM*, 37 (1972-73), 229-236.
- HUTMAN: Norma Luisa Hutman, "Universality and unity in the *Lazarillo de Tormes*", *PMLA*, 72 (1961), 469-473.
- JAÉN: Didier T. Jaén, "La ambigüedad moral del *Lazarillo de Tormes*", *PMLA*, 83 (1968), 130-134.
- JAUSS: Hans Robert Jauss, "Ursprung und Bedeutung der Ich-Form im *Lazarillo de Tormes*", *Rj*, 8 (1957), 290-311.
- LÁZARO CARRETER, ver CARRETER.
- LIDA: Raimundo Lida, *Prosas de Quevedo*, Barcelona, 1981.
- MALDONADO DE GUEVARA: Francisco Maldonado de Guevara, *Interpretación del "Lazarillo de Tormes"*, Madrid, 1957.
- MANCING: Howard Mancing, "The deceptiveness of *Lazarillo de Tormes*", *PMLA*, 90 (1975), 426-432.
- MARAVALL: José Antonio Maravall, *La literatura picaresca desde la historia social*, Madrid, 1986.
- MÁRQUEZ [a]: Francisco Márquez Villanueva, "Sebastián de Horozco y el *Lazarillo de Tormes*", *RFE*, 41 (1957), 253-339.
- MÁRQUEZ [b]: *Id.*, "La actitud espiritual del *Lazarillo de Tormes*", en: *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, Madrid, 1968, pp. 67-137.
- MÁRQUEZ [c]: *Id.*, "Letrados, consejeros y justicias", *HR*, 53 (1985), 201-227.
- MARTINO: Alberto Martino, *Il "Lazarillo de Tormes" e la sua ricezione in Europa (1554-1753)*, Pisa-Roma, 1999; 2 ts. (Salvo indicación en contrario, los números de página remiten al t. 1.)
- McGRADY: Donald McGrady, "Social irony in *Lazarillo de Tormes* and its implications for authorship", *RPh*, 23 (1969-70), 557-567.
- MICHALSKI: André Michalski, "El pan, el vino y la carne en el *Lazarillo de Tormes*", *Actas del Primer Congreso Internacional sobre la Picaresca*, ed. M. Criado de Val, Madrid, 1979, pp. 413-420.
- MOLHO: Maurice Molho, "Nota al tratado VI de *La vida de Lazarillo de Tormes*", *Homenaje a J. A. Maravall*, ed. M. C. Iglesias *et al.*, Madrid, 1985, pp. 77-80.

- MOLINERO: Baltasar Fra Molinero, "El negro Zaide: marginación social y textual en el *Lazarillo*", *H*, 76 (1994), 20-29.
- MORROS: Bienvenido C. Morros, "Apéndice bibliográfico" a Rico [c], pp. 147-191.
- PARKER: Alexander A. Parker, *Literature and the delinquent*, Edinburgh, 1967.
- PERRY: Anthony Perry, "Biblical symbolism in the *Lazarillo de Tormes*", *SPh*, 67 (1970), 139-146.
- PIPER: Anson C. Piper, "The «breadly paradise» of *Lazarillo de Tormes*", *H*, 44 (1961), 269-271.
- PITT-RIVERS: J. Pitt-Rivers, "Honor and social status", en *Honor and shame*, ed. J. G. Perestiany, Chicago, 1966.
- RABELL: Carmen R. Rabell, "La confesión en jerigonza del *Lazarillo de Tormes*", *BHS*, 73 (1996), 19-32.
- REY: Alfonso Rey, "La novela picaresca y el narrador fidedigno", *HR*, 47 (1979), 55-75.
- RICO [a]: Francisco Rico, "Problemas del *Lazarillo*", *BRAE*, 46 (1966), 277-296.
- RICO [b]: *Id.*, *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, 1970.
- RICO [c]: *Id.* (ed.), *Lazarillo de Tormes*, Cátedra, Madrid, 1987.
- RICO [d]: *Id.*, "La *princeps* del *Lazarillo*", *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, 1988, pp. 417-446.
- RIQUER: Martín de Riquer (ed.), *La Celestina y el Lazarillo*, Barcelona, 1959.
- RODRÍGUEZ/BILLAT: Alfred Rodríguez y Astrid Billat, "Algo más sobre el tratado VI del *Lazarillo*", *Hf*, 1995, núm. 113, 11-17.
- RODRÍGUEZ/ROMERO: Alfred Rodríguez y Yolanda Romero, "La posibilidad anti-judaica del tratado segundo del *Lazarillo*", *BHi*, 96 (1994), 227-234.
- RUFFINATTO: Aldo Ruffinatto, *Struttura e significazione del "Lazarillo de Tormes"*, 2 ts., Torino, 1975 y 1977.
- SHIPLEY [a]: George A. Shipley, "The critic as witness for the prosecution: Resting the case against Lázaro de Tormes", en: *Creation and re-creation...*, *Studies in honor of Stephen Gilman*, eds. R. E. Surtz y N. Weinerth, Newark, DE, 1983, pp. 105-124.
- SHIPLEY [b]: *Id.*, "A case of functional obscurity: The master tambourine-painter of *Lazarillo*, tratado VI", *MLN*, 97 (1982), 225-253.
- SIEBER: Harry Sieber, *Language and society in "La vida de Lazarillo de Tormes"*, Baltimore-London, 1978.
- SOBEJANO: Gonzalo Sobejano, "El *Coloquio de los perros* en la picaresca y otros apuntes", *HR*, 43 (1975), 24-40.
- TARR: Frederick Courtney Tarr, "Literary and artistic unity in the *Lazarillo de Tormes*", *PMLA*, 42 (1927), 404-421.
- VILANOVA: Antonio Vilanova, "Quevedo y Erasmo en el *Buscón*", en *Quevedo in perspective*, ed. J. Iffland, Newark, DE, 1982, pp. 139-179.
- VRANICH: S. B. Vranich, "El «caso» del *Lazarillo*: un estudio semántico en apoyo de la unidad estructural de la novela", *Actas del Primer Congreso Internacional sobre la Picaresca*, ed. M. Criado de Val, Madrid, 1979, pp. 367-373.
- WARDROPPER: Bruce W. Wardropper, "El trastorno de la moral en el *Lazarillo*", *NRFH*, 15 (1961), 441-447.
- WILLIS: Raymond S. Willis, "Lazarillo and the pardoner: The artistic necessity of the fifth *tractado*", *HR*, 27 (1959), 267-279.

- WOODS: M. J. Woods, "Pitfalls for the moralizer in *Lazarillo de Tormes*", *MLR*, 74 (1979), 580-598.
- WOODWARD: L. J. Woodward, "Author-reader relationship in the *Lazarillo de Tormes*", *FMLS*, 1 (1965), 441-447.
- WRIGHT: Roger Wright, "Lázaro's success", *N*, 68 (1984), 529-533.
- YNDURÁIN: Domingo Ynduráin, "El renacimiento de Lázaro", *H*, 76 (1993), 474-483.

